Seguían sentadas a la mesa. Hacía mucho calor y ninguna de las tres mujeres se decidía a moverse; eran como esas moscas haraganas hurgueteando entre los restos de la sandía. La madre era la única que se había levantado y ya estaba frente al tacho, fregando los cuatro platos. Catalina, con indolente suficiencia, se puso a comentar los amores de la viuda con alguien que no era de por allí. Por primera vez a esa mujer se le conocían amores, siempre guarecida por la sombra del finado y la de ese tala enorme que cubría su almacén, junto al camino, en plena curva. No hubo interés en ningún detalle del relato; Micaela se acarició el vientre. La atención de sus dos hermanas fue cayendo sobre la memoria de cada una de ellas, como un chico que se tira sobre una parva, quedándose allí, con pereza, con incontrolada voluntad, con indecisión, con imaginable perversidad infantil. La atención era un niño sobre la paja crujiente, hasta que Micaela, interrumpiendo esos juegos, deja de acariciar su vientre y, mirándola a Catalina le dice: «Siempre hablando porquerías». El chico se ha incorporado de un salto; es inquieto, se lastima en la paja. La paja es seca, es dura y quebradiza; se quema y vuela. Se hunde en los ojos, igual que la memoria. «¿Y esto?», se defiende Catalina palpando el vientre abultado de Micaela. Sin escuchar los insultos de sus hermanas —que ya se han trenzado—, Margarita se levanta con todo el verano encima preservándola de las discusiones, del frío, del odio. No había pronunciado una sola palabra durante toda la comida. Prefirió no intervenir en los comentarios, porque siempre terminaban siendo motivo para alguna pelea, y ella quería seguir arrinconada en el fondo de su cuerpo creciente, atenta a esos cambios que la halagaban y la entristecían. Sol. Al llegar al ceibo inclinado sobre la orilla, ya no escuchaba las voces agresivas. Sentía la siesta y el sol que le apretaban los hombros. Cuando sentía el sol sobre los hombros, su corazón aleteaba confusamente; solía entonces tirarse al agua. El Colastiné era un río ancho y fuerte, pero sin peligros para ella que estaba acostumbrada, siempre viviendo sobre esas orillas. Más que arriesgarla, ese río la protegía y con alivio podía sentir el agua que refrescaba su cuerpo ardido. Su piel tenía casi el mismo color de la tierra, pero la tierra podía enfriarse, en cambio su piel siempre era tibia, hasta en los días más crudos. Podía abrigarse con ella. «Margarita es una mocosa», pensaba con cariño Micaela. En cambio a Catalina, no quería ni verla, ni acordarse. Cuando la tenía delante, la miraba como si fuera alguna de esas fotografías que decoraban el rancho, sin suscitar recuerdos ni melancolías de tan amarillas e impersonales que se iban poniendo con el tiempo. Cualquier indicio que animara la imagen de Catalina, cualquier efímera evidencia que transformara en realidad esa imagen, convertía a Micaela en una ráfaga; sus ojos se nublaban como si mirara el sol —como la luz brumosa de esas siestas—, y el rencor le trepaba por la garganta. Catalina era la mayor, creció antes y hubo motivos de miedo primero y de rabia después. Ella no tenía conciencia de suscitar estos sentimientos, estos terrores: bañarse con chicos de su edad, perderse con alguno por allí; tener ganas, vivir de eso. «No sé qué tenés que andar espiando», le había dicho a Micaela que se puso a llorar, no porque le diera asco, como suele ocurrir con las señoritas, sino porque aquella tarde tan lejana, ya estaba augurando el desamparo. Sol. Recién al tiempo confirmaría

sus presagios, relacionaría su destino con el de sus hermanas. Hace muy poco en realidad —ya esperaba ese chico— que no tiene dudas; cuando vio que la policía tiraba y él caía dejando huérfano a ese hijo que todavía estaba por nacer. Entendió claramente que de esta manera sus presentimientos iban tomando forma. Ya no discuten, se han quedado en silencio, como esperando quién sabe qué milagro imposible. Margarita sigue en el agua y la madre friega los platos, aunque ya está a punto de terminar: está secando; enseguida va a tirar el agua jabonosa del tacho y, seguramente, se irá a dormir una siestita. Catalina canta ahora una canción estridente. Canta sin escucharse, sin sentir la presión del sol. Sin alegría, en el exilio, detrás de su vestido rojo y de su piel demasiado vulnerable; Micaela se levanta y se mete en el rancho. Sentada en el catre, acariciará su vientre.

La garganta le arde, piensa en Margarita, en alguna salvación que pudiera tocarle por lo menos a ella y a su hijo. Pero no quiere seguir haciéndose ilusiones. Sin poder aguantar su decisión, sale afuera y se arrima a la orilla. Allí está Margarita y, al verla, Micaela mira hacia arriba, por costumbre, pero sin esperar absolutamente nada. Sol. Margarita seguirá bañándose, tocando el agua, jugando con sus reflejos, sin pensar en esa noche en que arderá con su porvenir, con las mujeres y con el rancho, iluminando la oscuridad de la costa.